

IL MESTIERE DI TRADURRE 2:
PEPA LINARES

Con una trayectoria iniciada hace ya más de dos décadas, basta echar una rápida hojeada a los últimos títulos traducidos por Pepa Linares para dejar constancia de la variedad de temas y autores que caracterizan su intenso trabajo como traductora.

Si en los últimos años ha volcado del inglés escritores tan dispares como la iraní Bahiyih Nakhjavani (*La mujer que leía demasiado*, Alianza, 2012), autores noveles como Travis Holland (*El archivero de la Lubianka*, Alianza, 2008) o clásicos como Edith Wharton (*Xingú*, Contraseña, 2012), Muriel Spark (*El asiento del conductor*, Contraseña, 2011) y Bernard Malamud (*Las vidas de Dubin*, Sajalín, 2011), la extensísima nómina de escritores italianos pasa por narradores de la talla de Giuseppe Bonaviri (*El enorme tiempo: apuntes para un diario de un médico siciliano*, Sajalín, 2011) y Luigi Bartolini (*Ladrones de bicicletas*, Sajalín, 2009) o ensayistas y politólogos como Carlo Mongardini (*Miedo y sociedad*, 2007), Laura Zanfrini (*La convivencia interétnica*, 2007), Gianpietro Mazzoleni (*La comunicación política*, 2010) o Gianfranco Poggi (*Weber*, 2006), estos últimos publicados en Alianza, por mencionar tan solo unos pocos autores.

Tres de sus últimos trabajos aparecidos a lo largo de 2013, *Mi Carso*, de Scipio Slataper (Ardicia), *Un día de fuego: cuentos completos* y la novela *El partisano Johnny*, de Beppe Fenoglio (ambos en Sajalín) pueden sin ninguna duda contarse entre las novedades editoriales más interesantes de este año. Coincidiendo con la aparición de estos relevantes títulos y abusando de su amabilidad, nos permitimos plantearle algunas preguntas sobre su interesante labor.

Por Juan Pérez Andrés

Tal vez los lectores españoles ignoren el inconmensurable peso que tienen tanto Slataper como Fenoglio en la narrativa italiana del siglo XX, ¿por qué cree que han tardado tanto tiempo en ser traducidos al castellano?

Sí, creo que lo ignoraban, pero es imprescindible romper el canon (sin que esto signifique un desdoro para los autores más conocidos) o por lo menos introducir una cuña. Ninguno de los dos es de lectura fácil, pero sí muy productiva, muy satisfactoria. Sus universos literarios son fascinantes.

Ambos son, por diferentes razones, dos autores de una marcada personalidad y creadores de una prosa especialmente particular, ¿cuál ha sido la mayor dificultad que ha encontrado en su traducción?

Fenoglio es el creador de un estilo absolutamente único, sin parangón; un estilo que logra con una mezcla muy tensa de los elementos más variados. Por ejemplo, en *El partisano* (publicado póstumo y sin revisión final por parte del autor) el léxico es muy literario, incluso arcaizante, sin que falten los dialectalismos; está salpicado de expresiones en otros idiomas y contagiado de formas inglesas y a veces fundido con esas formas. Es un

estilo grandioso y sobrio al mismo tiempo, que supera la retórica, la crónica y la anécdota, y consigue una épica universal y atemporal, aunque cuente hechos perfectamente localizados en el tiempo y el espacio. Encajar eso en español ha requerido un gran esfuerzo. Aspiro a que la pérdida no haya sido mucha y a que el lector aprecie no solo el trabajo de estilo, sino también el enorme interés de lo que se cuenta. Los *Cuentos completos* están mucho más pulidos y sin mezcla de lenguas, pero reconocemos en ellos un universo lingüístico y expresivo absolutamente personal. Son excelentes.

Slataper sí comparte su voluntad de estilo con otros autores de la época, en concreto con varios relacionados con la revista “La Voce”, que produjo una literatura transgresora, con una gran libertad de la estructura narrativa. También aquí la dificultad ha estado en reproducir la inventiva y la tensión verbal, la sonoridad y el lirismo de un texto enormemente vitalista.

Visto que combina traducciones del inglés y del italiano, ¿en cuál de los dos idiomas se encuentra más cómoda a la hora de enfrentarse a una traducción?

En italiano tengo muchos más registros y confieso que es la lengua que prefiero. El inglés me ha obligado a llevar al español unas estructuras que reflejan una mentalidad muy distinta a la nuestra y en ese sentido me ha disciplinado mucho, pero autores como Muriel Spark y Bernard Malamud merecen todas las lágrimas de sangre que cuesten.

En concreto, ¿qué relación le liga al italiano? ¿Cómo se inició en el mundo de la traducción?

Estudié Filología Italiana después de acabar los cuatro cursos del Instituto Italiano de Cultura de Madrid. Me aficioné a lo italiano de niña, ingenuamente, con las novelas históricas de la época, las ilustraciones, el cine... Y, si se me permite la alusión a un hecho muy personal, con el contenido, deslumbrante para mí, de la maleta que mi padre (conductor de Viajes Meliá) abría al regreso de sus viajes: cuadernos maravillosos de un papel en el que no se corría la tinta, lápices fantásticos, pizarras mágicas... Cosas baratas pero imposibles de encontrar aquí por aquel entonces, cuando Italia vivía su mejor momento.

He sido traductora siempre. Desde que empecé a leer en otros idiomas no hice otra cosa que preguntarme cómo diría yo esto en español. Los comienzos fueron fáciles y difíciles. Fáciles porque para mi primer trabajo me bastó con contestar a un anuncio del periódico. De aquella editorial salté a otra y a otra y así hasta hoy mismo, sin que jamás me hayan faltado los encargos; difíciles porque al principio tuve que hacer de todo para sobrevivir.

¿Un buen traductor debe ser un buen lingüista, un buen lector o simplemente una persona curiosa con interés por una lengua y una cultura extranjera?

Para un traductor nada está de más. Lector debe serlo, y de los mejores. Filólogo, miel sobre hojuelas, porque no hay mejor fundamento que una comparación reflexiva de las lenguas y un conocimiento profundo de las culturas. En cuanto a la curiosidad, caracteriza al traductor, que es una persona interesada por otros mundos, pero no basta para hacerse un oficio. Hay que tener una buena cultura general; recursos en tu propio

idioma, cuantos más mejor; paciencia para buscar y rebuscar; respeto por el texto de creación; y respeto por los idiomas y por los lectores en los textos meramente informativos y hasta en los peores, donde no hay que dejar que la transparencia de otra lengua dañe el espíritu de la nuestra; flexibilidad para negociar continuamente las soluciones; etc, etc. Al final, todo lo compensa el hallazgo de la palabra o de la expresión feliz, exacta si cabe, y el producir en el lector español un efecto lo más cercano posible al que produce el original en sus lectores.

¿Considera que el tratamiento que se da en España a las lenguas extranjeras (y al italiano, en especial) tanto en las escuelas de traducción como en las universidades es suficiente?

Ha mejorado, pero creo que el italiano merecería más atención, considerando que es uno de los idiomas más traducidos en España. Ahora me preocupa por encima de todo la enseñanza de la traducción. Según mi modesta opinión, la ramplonería del habla al uso, la falta de buenas lecturas, especialmente de los clásicos, y el desconocimiento en materia de historia, religión y mitología, por poner algunos ejemplos, son hechos dramáticos, y no estoy segura de que los estudiantes de traducción se salven de esa quema.

Usted, que ha trabajado para grandes editoriales como Alianza o Cátedra, pero también para nuevas propuestas tan interesantes como las más recientes Sajalín o Ardicia, ¿dónde se encuentra más cómoda?

De unos años a esta parte trabajar con las llamadas independientes me ha dado muchas satisfacciones por la posibilidad de participar en el proceso de edición con opiniones y comentarios. Hay una relación muy estrecha con los editores; se intercambian ideas sobre muchos aspectos del libro. Te sientes más apoyada, puedes consultar algunos extremos y tú también tienes la oportunidad de aportar tu experiencia y tus conocimientos. Lástima que la prensa no siempre conceda a estas editoriales la atención que merecen.

Por otra parte, los grupos editoriales proporcionan mucho trabajo. Yo he tenido la suerte de tratar también allí con auténticos profesionales. El problema es que en muchos aspectos (el económico, por ejemplo, pero no solo) las normas de la casa están por encima de ellos.

En este sentido, ¿no tiene la sensación de que, en cierto modo, el riesgo de publicar nuevos autores ha quedado en manos de nuevas editoriales al margen de las grandes editoriales tradicionales?

En gran medida. Las tradicionales tienen que cumplir unos objetivos y en la mayoría de las ocasiones les interesan los autores consagrados y los títulos, en la medida de lo posible, seguros. Con todo, un día se arriesgaron y por eso son lo que son (el caso de Alianza o de Acantilado, con sus excelentes fondos). Ahora les toca a otras.

Tras haber tenido el privilegio, a nuestro parecer, de traducir a Fenoglio y a Slataper, ¿qué autor desearía traducir?, ¿qué autor italiano cree usted que todavía está inexplicablemente ausente en nuestras librerías?

Muchos. Desconocidos como Pietro Jahier, Eugenio Baroncelli o Gaetano Carlo Chelli; otros conocidos por una sola obra, el caso de Carlo Dossi, Anna Banti o Luigi Capuana, y quizá no la más representativa, como ocurre con Giuseppe Antonio Borgese y Enzo Siciliano; otros aun, como Federico De Roberto, merecedores de más traducciones, que con toda seguridad se habrían publicado ya si hubiera escrito en inglés. Lo mismo podría afirmarse de una larga nómina de escritoras del XIX y del XX, algunas de ellas bastante notables, de las que no se sabe prácticamente nada desde hace mucho o no se ha sabido nunca. Tampoco me importaría recuperar para los lectores de ahora algo de Dino Segre (Pitigrilli), por ejemplo. Entre los actuales, Raffaele Nigro o Lorenzo Pavolini, por citar algunos.